

La canción se sienta, cruza sus piernas largas

POR CARLOS ORIEL WYNTER MELO

La canción se sienta. Cruza sus piernas largas. Tiene toda la pinta de un bolero: morena, lenta y sexy. Se ha acomodado cerca del tocadiscos que empieza a girar. Mira a su alrededor con arrogancia, como si fuera dueña del mundo. Tiene un corto traje carmín. Parece examinar la habitación, a quien sudoroso le mira desde el sofá. Me dedica media sonrisa, solo media sonrisa.

La miro: aún quieta se mueve, aún lenta me agita. No es perfecta pero es perfecta su imperfección. Se acurruca. Ronronea. Le sonrío con cuidado para no asustarla. Y ella me devuelve la mejor sonrisa del universo, una sonrisa que es soñoliento bongó, remisa guitarra. Le pido permiso. Con profundo deseo le pido permiso. Con mi sonrisa que es un triángulo que vibra y se agota, le pido permiso.

Al final, dice que sí. A final se rinde con una expresión ingenua que tal vez sea un truco, que quizás sea la que hacen todas las canciones a sus enamorados. Descruza y cruza las piernas. Un coro con voz de mujer desfallece, canta como si muriera de amor.

No sé si la amo. Ahora no sé si la amo. El amor cree en la eternidad y, para las canciones, el presente es poco tiempo. Aún no la amo. La quiero, le quiero hablándome al oído, erizándome la piel.

Me levanto. Lento me levanto. Lento me acerco. La canción confía sus historias a quienes cuidan de sus escrúpulos. Avanzo un pie. Luego otro. Lento le extiendo la mano. Lento la invito a bailar.

Se levanta. Con precaución guarda su fuego. Confía apenas la punta de su mano a mi mano. Ya

entrega su mano entera, me toca.

No puede resistir: se mueve. Sobre sus pies se mueve, como muñeca ingrávida se mueve: uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro.

No hay como verla bailar. El mundo se vacía de habitantes, conceptos y motivos. Ella es todo. Ella es Dios. No hay como verla reír, echar la cabeza atrás y carcajearse como rizos del cabello, llenar el cuarto de dibujos de niño, de vivas abstracciones.

Ella es todo. Porque la hago feliz me hace feliz. Se pega. Se vuelve Dios. Ella es Dios que baila sereno, que recuesta su cabeza en el pecho de quien le guía, que laza con un brazo los hombros del acompañante. Ella es Dios que pide que no lo dejen nunca.

Levanto su cara. Levanto su cara por la barbilla. Levanto con dos dedos su cara por la barbilla. Sonríe. Cierra los ojos. Sonríe y cierra los ojos. Entrebre los labios. Entregada entrebre los carnosos labios.

La aprieto. No pesa, no tiene carne. La abrazo y me doblo para alcanzar su boca. Dejo caer los párpados.

Y se detiene. La canción se detiene. Se escurre.

Me toma un momento recobrar la conciencia. Camino hacia el tocadiscos, levanto la aguja y vuelvo a poner la tonada desde el principio.

CARLOS ORIEL WYNTER MELO nació en la ciudad de Panamá en 1971. Ingeniero Industrial y Magister en Desarrollo Organizacional. Ganador del Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 1998, de la UTP. Aparece en diversas antologías nacionales y centroamericanas. Libros de cuentos: *El escapista* (1999); *Desnudo y otros cuentos* (2001); *El escapista y demás fugas* (2003); *Invisible* (2005) y *El escapista y otras reparaciones* (2007).